

Martes de Carnaval

No podías saberlo, claro, ¡quién lo iba a imaginar! Era, al fin y al cabo, otro martes de Carnaval más. Como cualquiera de los que hasta entonces habías disfrutado. El pueblo siempre se engalanaba para los carnavales; con banderolas, desfile de carrozas - gigantes y cabezudos incluidos -, pasacalles y el famoso baile nocturno en el Casino. Y ahí estabas precisamente, en el Casino, sufriendo los rigores del calor de la máscara del disfraz junto con una auténtica marabunta de personajes, que se entremezclaban de una forma encantadora y absurda: Napoleón bebiendo un coñac con dos marelás unidas por una xunta; Dios bailando con una moza con bigote mientras una prostituta de poblada barba se le insinuaba con descaro desde un sillón próximo; un demonio departiendo con un arcángel que descansa su ajetreado soplar en la trompeta; Luís XV que pasa del brazo de una sirena a la que a cada paso le pisan su cola; varios hombres de las cavernas que se disputan el poder montar sobre un toro cuyos cuernos han pinchado varias veces a la mitad de los personajes; otro demonio que se ríe con escándalo de algo que la muerte - con guadaña incluida - le dice en su roja y picuda oreja; dos mosqueteros que preguntan sin cesar por su extraviado compañero de fatigas; una monja bailando, desenfrenada, con el pirata Barbanegra; un zorro que le pide algo de beber al mozo de bar, cuyo traje a rayas horizontales no presagia nada bueno; un Charlot besa apasionado a una encantadora bruja con unos granos en la nariz del tamaño de guisantes; todos en una masa tan enfervorecida que apenas se distinguen unos de otros entre tanto revuelo, coronas, antifaces, distintos tipos de sombreros y capas, todo, absolutamente todo, envuelto en un manto multicolor de chillonas apariencias.

Y tú en la barra, bebiendo un sabediosqué que apenas te está gustando mientras castigas con la mirada, insistente, a una viuda alegre que solo deja asomar sus hombros. Hace un rato que se percató de las miradas y ha comenzado a devolverlas. La cosa se pone interesante, más que nada por el

misterio que encierra y porque la mujer promete. Te aproximas sin perderla de vista y ella te sostiene la mirada. Ni siquiera de cerca le puedes ver el rostro; bajo el velo que le cubre hasta la barbilla lleva un antifaz, también negro, que tapa lo poco que deja entrever la malla del propio velo. La invitas a bailar y accede, acaso impresionada por tu disfraz de capitán de húsares, al tiempo que adivinas una ligera sonrisa perfilada por lo que podrían ser unos labios hermosos. Mientras bailas, te arrimas para hablarle al oído. De otra forma no se podría enterar de lo atractiva que le dices que es. Ella acompaña con una carcajada al tú que sabes si no me has visto. Y tú afinando, que sí lo sabes, que la fragancia maravillosa que despiden delata su hermosura tanto como el tipo que gasta. Y ella venga a reír y a dar pie, invitando a seguir mientras sigue a su vez el juego sin llegar a ser descarada. Por momentos te haces ilusiones, por sus risas, por su conversación, por su diligencia en el dejarse llevar. Llegado el momento, unos brebajes y unas risas más tarde, le pides con descaro malicioso que te enseñe algo más. Ella se ríe, “*qué picarón que estas hecho*”, y después, haciéndose la interesante, te dice al oído que allí no, que hay mucha gente y que os veréis dentro de diez minutos detrás de la iglesia.

Perfecto. La cosa marcha. La ves desaparecer por la puerta del casino y te tomas otra cosita mientras le das tiempo. Por fin te decides, te colocas la espada y ajustas el casco como si un ejército maldito te esperase en el campo de batalla. Sales a la calle y te recibe el frescor de la noche, que te acompaña por el camino de tierra que da la vuelta a la iglesia. Allí, entre unos contrafuertes que hacen lo posible por sostener el ábside central de la iglesia, la divisaste, esperando inquieta, dando pasitos cortos desde un contrafuerte hasta el otro. Al verte, se paró y su preocupación pareció disminuir. Decidiste seguir con la misma estrategia para que no se echara atrás. Acercándote, le dices bajito que la hubieras encontrado en el fin del mundo por lo bien que huele. Su reproche sonó cómico, como una broma que se gasta en el momento más inoportuno. “*No exageres*”. Aún así, fuiste rápido en la respuesta, lo tenías todo controlado, pero claro, ¡quién se lo iba a imaginar! ¡Un martes de Carnaval, precisamente! De modo que en tu ignorancia respondiste, taimado, que no exagerabas, que el olor era la premonición de lo que te iba a enseñar.

Por eso no entendiste nada cuando, al acercarte a besarla, te cayó semejante torta en la cara. Debió pegar con todas sus fuerzas, a juzgar por el

dolor y el desplazamiento que te produjo. Siempre se queda uno con cara de idiota cuando lo abofetean, pero más si es en esa circunstancia. Ibas a decir algo, ya no recuerdas qué, cuando la oíste bramar como una poseída, con una violencia que jamás hubieses sospechado en viuda tan encantadora y sensual. “*Así que quieras que te enseñe algo, ¡pues a ver que te parece esto!*”. El grito de “*¡cerdo asqueroso!*” acompañó el impacto del antifaz, con sombrero y velo incluido, en tu ojo derecho. Lo demás, ya lo sabes, fue bochornoso. Nunca en tu vida te habías sentido, primero, tan sorprendido, después tan engañado y, por último, tan ultrajado, como esa vez que viste a tu mujer dándose media vuelta y alejándose como si la llevasen mil demonios.